ANTE LA IRRESPONSABILIDAD

DE CIERTOS ELEMENTOS POLITICOS, DEBE OIRSE AL PUEBLO

Necesario es que sea escuchada la auténtica voz del pueblo. No la que se invoca en los discursos demagógicos de los mítines de partido, sino la que se manifiesta en la vida diaria de nuestra retaguardia, en el seno de las masas combatientes y productoras. Y esa voz reclama de todos un poco más de responsabilidad, un poco más de sensatez, para poner fin a una situación que de persistir crearía condiciones desastrosas capaces de poner en serio peligro la causa que todos decimos defender. Esa voz exige que se haga un alto en el camino de la lucha fratricida, dejando de una vez las armas del jesuitismo, de la estrategia política más baja, en aras de una unidad que han reclamado y a la que cantan en su Prensa los mismos que laboran irresponsablemente para destruirla.

Frente a las campañas alarmistas, a las invenciones de ataques inexistentes a un pueblo que nos ayuda, a las calumnias y a los insultos, a las mentiras propaladas desde la tribuna por los hombres y desde sus periódicos más representativos del Partido Comunista Español, se han alzado voces serenas, respondiendo a la provocación con reafirmaciones de propósitos revolucionarios, a todos los desplantes verbales y escritos con requerimientos serenos en los que se ha reclamado lo que brilla por su ausencia en las declaraciones de los políticos dominados por la locura dictatorial: «responsabilidad».

Ahí están, para atestiguarlo, las diversas notas con que los Comités responsables de la C.N.T., la F.A.I. y las Juventudes Libertarias han respondido a las maniobras del Partido arriba citado; ahí está la Prensa de nuestro movimiento con sus constantes incitaciones a la serenidad para los camaradas agredidos y con llamadas insistentes a la reflexión para los fabricantes de bulos alarmistas y campañas de desprestigio contra las organizaciones y los camaradas destacados que no comulgan con sus «dicteos». Ahí está, como un ejemplo magnífico más, la serena firmeza del proletariado encuadrado en las filas libertarias, que ha debido soportar el fuego graneado de los atropellos a su dignidad y de la destrucción de sus conquistas y realizaciones revolucionarias sin caer en el trágico error de hacer el juego deseado por los verdaderos provocadores, a los que el pueblo va conociendo perfectamente a través de múltiples realidades que hablan por sí solas...

Nos da pena y repugnancia leer cierta Prensa partidista. Se han reunido los calificativos más hirientes, las palabras más gruesas, las frases más envenenadas, todo cuanto puede construirse sobre el papel con la intención de ensañarse con el dolor y con la rabia del adversario político, como en los tiempos más vergonzosos de los lances periodísticos y de las batallas polémicas de tipo sectario, ferozmente cerrado a toda reflexión y a toda honradez política. Y se ha puesto en la tinta de los que escriben, como en la lengua de quienes repiten en la tribuna mitinesca idénticos «argumentos», el viejo sistema, el repulsivo sistema de cargar al que se ataca con todas las lacras y todos los vicios como si fuera el más terrible de los enemigos del pueblo. ¿Para atacar, para criticar, para poner de relieve la labor nefasta del enemigo común? ¿Para abrir las purulentas llagas del fascismo y mostrar la podredumbre de cuanto hace donde reina y de cuanto haría si saliera triunfador en la lucha actual? ¡No! Para avanzar palmos de tierra en la conquista de posiciones políticas, para afirmarse en posiciones conquistadas, para salir vencedores, se utiliza el arsenal de la insidia y de la difamación, todo el veneno capaz de mojar la pluma y de poner insultos y mentiras en la lengua, contra organizaciones y hombres del frente común de nuestra retaguardia antifascista.... Y esto es brutal, terriblemente doloroso para quien siente las angustias de una hora histórica como la que vivimos los españoles, en una guerra a muerte contra poderosos ejércitos internacionales, en una lucha titánica que nos obliga a utilizar nuestras fuerzas, nuestras reservas, todas nuestras aptitudes combativas, organizadoras, heroicas en la pelea y rendidoras en el trabajo, sin desperdiciar en lo más mínimo el tiempo y las energías...

La voz que sale de la entraña de nuestro pueblo es categórica. A los que consideran llegado el momento de ir al asalto de todas las posiciones, aun a costa de hundirnos a todos en un abismo de luchas suicidas; a los que parecen burlarse de la sangre derramada por los trabajadores revolucionarios; a los que olvidan que sin aquellos organismos y sin aquellos hombres que atacan y denigran es absolutamente imposible hacer al ganar nuestra guerra; a los que apelan a los recursos odiosos de la zancadilla, la provocación, la calumnia, contra quienes sin estar de acuerdo con ellos, son fuerzas determinantes en nuestra lucha; a quienes han roto hostilidades con tantos bríos en nuestra retaguardia, pretendiendo implantar métodos de terror en tierras de España para lograr la hegemonía que es absurdo suponer alcanzable cuando se conoce y vive la realidad psicológica, étnica, ideológica, del proletariado ibérico; a todos los que nos han puesto en el deber de gastar tiempo en polémicas y discusiones ante su obstinada pretensión de ser los dueños absolutos de la situación, el pueblo que sufre la guerra, que la hace para ser libre, que quiere alcanzar la victoria para reconstruir una España nueva en que el mundo vea un ejemplo, les dice que hagan un alto en su marcha, en su alocada marcha hacia el abismo. No hay mejor verdad, no hay verdad más grande que la que surge de la entraña viva de un pueblo que calla pacientemente muchas veces, pero que llegado el momento sabe exigir responsabilidades y determinar nuevos rumbos.

Estamos a tiempo. Mientras los hechos no demuestren que se quiere ganar la guerra, sacrificando el partidismo que engendra la disgregación del frente antifascista, no creerá el pueblo en los que gritan mucho sobre la unidad y en nombre de la unidad la destruyen con todas las armas.

Están a tiempo los políticos que en plena guerra han entrado por la senda de la lucha de rivalidades y odios en la retaguardia nuestra. El pueblo exige que no se juegue con algo tan inmensamente grande como es su sacrificio y su tragedia. Y si fué capaz de frenar los impetus criminales de los ejércitos del fascismo, será capaz también de imponer rectificaciones a los que a tiempo no las hagan bajo la presión de la voluntad del proletariado.

Serenamente, con plena conciencia de la gravedad de estos momentos trágicos que vivimos, hacemos nuestra la voz del pueblo y decimos a los interesados: **¡POR ESE CAMINO VAIS AL DESASTRE! ¡MARCHEMOS UNIDOS POR EL CAMINO DE LA VERDADERA UNIDAD, QUE ES EL UNICO QUE CONDUCE A LA VICTORIA!**

MADRID! HEROICO! UN OBUS LANZADO POR LOS ASESINOS ESTALLA EN EN UNA DE SUS AVENIDAS

EL ASALTO JAPONES, CON la complicidad de las grandes potencias

La guerra del Japón contra China es, nadie puede dudarlo, un asalto premeditado del imperialismo nipón para conquistar a sangre y fuego el inmenso país asiático. Es la repetición de la conquista de Manchuria, esta vez extendido el atropello militar a una operación de gran escala, que ha obligado a los chinos a resistir y a organizar rápidamente la lucha contra los invasores. En esta guerra, que se ha iniciado con caracteres violentísimos, el Japón ha contado de antemano con la «neutralidad» de las grandes potencias, que, como en el caso de la Manchuria, volverá a situar las cosas en el mismo terreno de la «no intervención», dejando, claro está, que los ejércitos nipones arrasen al pueblo chino.

El pueblo chino está dispuesto a la lucha. Frente a la agresión, que ya ha permitido la conquista de varias ciudades por las tropas japonesas, parece que las diferencias políticas han de dejar paso a la unidad necesaria para oponer un bloque sólido a los invasores.

Asistimos a un drama terrible en que por diversos flancos se prepara la gran hecatombe mundial en que se han de dilucidar los conflictos pendientes entre los grandes sectores del capitalismo imperialista. Este asalto que el Japón realiza ante el silencio de todos los gobiernos, sin que surja un clamor universal que ponga freno a la voracidad del militarismo de Extremo Oriente, es una de las pruebas más evidentes de los propósitos del fascismo internacional. Mientras las llamadas democracias se dedican a la diplomacia, a las reacciones, a los planes y «contraplanes», las potencias fascistas obran, van al asalto de posiciones, riéndose de los tratados internacionales y de las amenazas veladas de los presuntos rivales. El Gobierno central chino ha declarado que «está convencido de que los países amigos de China cumplirán con las obligaciones asumidas en la firma de los tratados». ¡Vana invocación a los «amigos»!

En el drama de China, invadida por las hordas y las máquinas modernas del ejército nipón, los españoles sentimos recrudecida la gran tragedia de nuestro propio suelo, hollado por los ejércitos de Hitler y Mussolini. Y en la lucha gigantesca que el pueblo invadido deberá desarrollar, en el sacrificio inmenso de vidas que en defensa de sus derechos deberá hacer, en la desesperada guerra por su independencia, deberá partir de una verdad que la historia reciente, que su propia historia le ha enseñado: que en esa gesta contra los invasores debe contar el pueblo chino con su sola potencialidad, con su fuerza propia, porque el capitalismo internacional seguirá complicándose con el crimen de los asaltantes de Tokio.

EN EL GRAN MITIN DE CAMPESINOS DE LA C. N. T., DEL PRICE

Se dice que hay armas en la retaguardia. Quienes se aprovechan de la situación para hostilizar a los trabajadores con lo de las armas, deben hacer denuncias concretas a la policía, que bien saben hacerlo.

Alguien ha dicho que hay amenazas de que se hayan condenado a setenta individuos de su partido. Debe denunciarlo, pues de lo contrario, es un encubridor de los asesinos que han de matarlos.

Nosotros, que hemos tenido cargos de responsabilidad, tenemos la conciencia tranquila y vamos solos por las calles. El que va guardado es que no puede tener esta conciencia tranquila, como la tenemos nosotros.

No tiene culpa la Organización confederal que haya habido quien se haya apartado de nuestras filas. Pero de éstos no volverá ninguno, porque de volver, se le haría la justicia. Ha habido, en cambio, en algún partido quienes han querido hacer volver a su seno a quienes han sido traidores, llenándolos de honores a pesar de su traición.

J. JUAN DOMENECH, en el mitin regional de campesinos confederales del Gran Price.

PARA GANAR LA GUERRA, menos fuerzas armadas en la retaguardia

Contra las calumnias, la realidad de la obra de Aragón

Ulises Montferrer escribió antes de la disolución del Consejo

Cerca de seiscientos pueblos integran la zona liberada de Aragón. Pues bien: en casi todos estos pueblos, por acuerdo mayoritario de sus vecinos, se vive en régimen colectivo. Se vive y se prospera, se cree y se potencializa la producción de tal manera, que el régimen de tipo individual aparece como la expresión de una cosa que inexorablemente camina hacia su desaparición. Esto no es una afirmación gratuita. Basta con visitar los pueblos aragoneses para convencerse de la certidumbre de estas bienandanzas. Y el régimen colectivo no se mantiene por el terror. Quien quiere mantenerse dentro de su separación individualista tiene amplísima libertad para ello. Lo que no está permitido es que ningún hombre se beneficie con el trabajo y con el sudor del vecino. Se respeta y se protege el patrimonio familiar. Se ha suprimido la explotación del hombre por el hombre. Mas hay gentes que consideran esto como una monstruosidad. No lo consideran así ciertamente, la mayoría, aplastante de los habitantes de Aragón. Con una minoría harto limitada, especulan las gentes que, proclamándose campeones del Frente Popular intrigan para desbaratar el Consejo y su obra, que no es una obra realizada exclusivamente por la fuerza mayoritaria del país aragonés, la C.N.T., sino por las fuerzas antifascistas todas, que durante cerca de nueve meses vienen rigiendo los destinos de Aragón, libre de la tiranía fascista.

Se podrán encontrar en esta obra defectos e imprevisiones en algunos de sus aspectos. Desde luego. Pero, en conjunto, es buena. Buena para la guerra y la Revolución. Y, sobre todo, es la expresión de la voluntad de la mayoría del país aragonés.

Haciendo caso omiso de estas consideraciones por móviles de predominio político y mediante halagos al comercio al por menor y al por mayor, a los logreros y a los comerciantes, algunos partidos y gentes que tienen la obligación de comportarse con mayor responsabilidad, trata, en vano, de levantar, fuera de Aragón, principalmente, y cerca de los que tienen sobre sus hombros las funciones del Gobierno, una atmósfera que ahogue la anulada supresión del Consejo de Aragón. Si el pueblo aragonés estuviera con ellos en Aragón podrían levantar la opinión pública, ganándola antes. Allí se callan. Entre otros motivos, porque la mayoría del pueblo aragonés está frente a ellos.

UNA SEÑAL DE ESTOS TIEMPOS

Afortunadamente, todos los trabajadores de España saben bien lo que ocurre en Aragón. Las estúpidas leyendas y las especiosas interpretaciones que tanto sobre la retaguardia de Aragón como sobre la vanguardia se han dado, van siendo desmentidas por los hechos y las comprobaciones serias y honradas. Ahí están los avances impetuosos de las fuerzas de Ortiz y de otras divisiones aragonesas y catalanas por las tierras de Teruel, Huesca y de Zaragoza. Ahí está la enorme producción agrícola en régimen colectivo, lograda este año en todas las comarcas aragonesas. Ahí están en régimen colectivo logrado este año en todas las comarcas aragonesas. Ahí están las creaciones de las colectividades de Aragón como la de Graus, ejemplo para todas las trabajadores de España. Estos son hechos. Como hechos, son sus cooperativas, la mecanización aplicada a los trabajos de explotación del campo, las granjas creadas, el orden de hierro que la delegación del Gobierno de la República, ha logrado desde hace mucho tiempo en la zona leal aragonesa, y el «standard» de vida asequible a todos los productores. ¿Qué otra región de España puede presentar algo parecido? Ninguna.

En vista, pues, de todo esto que hemos enunciado, porque para tratarlo en detalle necesitaríamos varios artículos, hay gentes que en nombre de los trabajadores y de los intereses de la Revolución y de la guerra piden la supresión del Consejo de Aragón y la destrucción, a sangre y fuego, de las colectividades aragonesas.

Es otra señal de los tiempos que vivimos.

Ulises MONTFERRER

Hagamos, si, un poquitín de Historia...

19 DE JULIO CATALAN

Relato magnífico de Federica Montseny

LAS SIRENAS LLAMAN A LA LUCHA A LOS TRABAJADORES

Amaneció el 19 de julio en Barcelona entre el ruido ensordecedor de las sirenas que llamaban al pueblo a las armas.

Todo el día 18, y el 17 y el 16, se lo habían pasado los trabajadores montando la guardia alrededor de los cuarteles y de los centros oficiales. Hasta las cuatro de la madrugada del 19 permanecieron los militantes en los sindicatos, en la Generalidad y en todos los centros y Ayuntamientos de los pueblos y poblaciones de Cataluña. Llegaban noticias confusas de toda España, que si en Zaragoza se había sublevado Cabanellas, que si en Sevilla Queipo de Llano y en Canarias el general Franco. Que si se espera el golpe en Barcelona para esta noche... Santillán, García Oliver, Ascaso, Durruti y Aznar, los dos últimos en representación del Comité Regional y de la Federación Local, habían estado en Gobernación y en la Generalidad, exigiendo de Companys la entrega de armas, indispensable para organizar la defensa en el centro de la capital y en las barriadas. Se las negaron hasta el último momento y los primeros combates del pueblo con la fuerza sublevada hicieron que sostenerse dando el pecho desnudo a los fusiles y a los cañones. Y ya comenzada la lucha, sólo nos dieron un centenar de pistolas. El pueblo tuvo que armarse, conquistando las armas a las tropas sublevadas.

Jamás podré olvidar la impresión de ese amanecer, bajo el grito angustioso de las sirenas, que llamaban a la lucha a los trabajadores. Era algo que taladraba los oídos y que electrizaba las almas. De todas las casas veía afluir a los hombres, poniéndose las chaquetas, acudiendo los unos a la llamada, los otros preguntando:

—¿Qué pasa?

Pronto las descargas de fusilería, el fragor de los combates retumbaba de un ámbito al otro de Barcelona. En la región, el pueblo también estaba sobre las armas. Los trabajadores acudían de todos los pueblos, concentrándose sobre las plazas fuertes. Figueras y Gerona fueron durante bastantes horas motivos de preocupación hondísima. El pueblo rodeaba los cuarteles, impidiendo la salida de las fuerzas rebeladas contra la República. Lérida y Tarragona no llegaron a sublevarse, pues el movimiento no triunfante en Barcelona en las primeras horas, apareció ya sin solución de continuidad en el resto de Cataluña.

CAE LA TELEFONICA Y SE ATACA A LOS CONVENTOS, A LOS CUARTELES, A CAPITANIA Y A ATARAZANAS.

Pero todo el día 19 la suerte estuvo indecisa. A pesar de la violencia, del ímpetu, del empuje de las masas, que lo arrollaban todo y que luchaban con heroísmo indescriptible, tomando los cañones a la tropa, ocupando los lugares estratégicos, y localizando rápidamente a los facciosos, los combates eran duros.

La toma de la Telefónica y de Capitanía fueron los primeros triunfos efectivos del pueblo. Sin embargo, la seguridad de que en Barcelona no se proclamaría el estado de guerra, se vió tan pronto, que pudo establecerse el corte que detuvo el avance de las fuerzas que se dirigían, desde los distintos cuarteles de Barcelona, a tomar los edificios oficiales y las radios.

Mas en los barrios extremos y en los aristocráticos, donde estaba la gente de derecha y los conventos, la lucha iba adquiriendo caracteres decididos de guerra social. Se defendían y atacaban de las iglesias y los cenobios, y el pueblo, de modo espontáneo, volvió todo su furor contra ellos. Y mientras los aviones leales volaban sobre el cuartel de S. Andrés, sobre Capitanía y sobre el Parlamento catalán, mientras tronaban los cañones ya cogidos a las tropas sublevadas en la plaza de Cataluña y en el cuartel de la Avenida de Icaria, mientras las fuerzas de Asalto, de Seguridad, algunos guardias civiles que no se habían sublevado ni querían permanecer a la expectativa, como la mayor parte de este Cuerpo, estuvo durante toda la lucha, y los militantes de la F. A. I. y de la C. N. T., a la cabeza de esas fuerzas, tomaban la Telefónica —Durruti fué el primero que entró en ella—, el hotel Colón, Capitanía y Atarazanas, las iglesias, los hombres, los chicos, atacaban como podían a los conventos. Los falangistas, los requetés, la gente de derecha del Somatén se habían refugiado en ellos y hacían fuego junto a los monjes, contra las masas. El odio milenario, el furor de las multitudes, hacia la Iglesia, centuplicaba multiplicaba las energías. El fuego iba corriéndose de un edificio al otro, mientras escapaban los frailes y sus satélites por el alcantarillado y por las galerías subterráneas.

El cuartel de S. Andrés y Atarazanas, en uno de cuyos asaltos murió el pobre Ascaso, víctima de su bravura, fueron los últimos a rendirse. El humo de los incendios cubría con un velo Barcelona, cuando aun zumbaban los cañonazos y las explosiones de las bombas que la aviación leal arrojaba sobre los edificios.

LA EPOPEYA DE CAPITANIA

¿Quién podrá olvidar la epopeya de Capitanía, conquistada por el empuje arrollador, indetenible e imponente como un río desbordado, de las masas? Los guardias civiles, los carabineros, y los guardias de Seguridad y Asalto que se sumaron al pueblo, habían arrojado las guerreras y las gorras y luchaban en mangas de camisa, confundidos con los obreros. Volvían a ser hombres e hijos del pueblo. Confundidos con el pueblo luchaban también los soldados y los militares antifascistas. Fué así cómo Manzana se unió a Durruti, para no separarse de él hasta que la muerte se llevó a nuestro amigo. Fué así cómo se rompieron todos los vínculos de disciplina, todas las ordenanzas, y todas las reglamentaciones y se estableció, entre las propias fuerzas uniformadas el respeto a la jerarquía del valor personal y del heroísmo. Fué así cómo los guardias seguían electrizados a García Oliver y a Durruti, transfigurados por el dolor y la rabia de la muerte de Ascaso, que iban de un lugar a otro, que estaban en todas partes como si tuvieran el don de la ubicuidad, terribles, imponentes con sus fusiles ametralladoras barriendo al enemigo, escapando como salamandras de en medio del fuego, respetados siempre de las balas... ¡Qué día, qué horas inolvidables!

Pronto toda la ciudad fué el teatro de la revolución desencadenada. El pueblo, a medida que iba venciendo al enemigo, ocupando sus reductos, se armaba. Los cañones se arrastraban por las calles a fuerza de brazos humanos. Entraban los obreros en los cuarteles y salían cargados de fusiles, de ametralladoras y de municiones. Las mujeres y los hombres, dedicados al asalto de los conventos, quemaban todo lo que dentro de ellos había, dinero inclusive. ¡Cómo recuerdo a aquél rudo proletario que me enseñó orgulloso, la punta de un billete de mil pesetas, quemado!

—Como este hemos echado al fuego un montón así...!

¡Generosidad absoluta; fe grandiosa en la victoria y en la revolución!

LA NOBLEZA Y EL SENTIDO CONSTRUCTIVO DE LAS MASAS

El pueblo, justiciero, efectuó a mucha gente. Pero no cometió ni una crueldad, ni un acto de sadismo. Los que murieron, murieron con la muerte destinada a los vencidos, hasta con honores y con respeto, si supieron mostrarse bravos.

Entretanto, las cosas se iban organizando. Mientras la lucha continuaba y se liquidaba la militarada, el pueblo, en armas, dueño de Barcelona, la C.N.T. y la F.A.I., lucharon contra los facciosos en todos los sectores; pero fué el empuje de nuestros hombres, fué el ejemplo inigualado de bravura de nuestros militantes, lo que redujo la sublevación, arrastró a la fuerza armada y galvanizó a las multitudes —es preciso decirlo esto bien alto— comenzaron a preparar el amanecer del nuevo día. De un verdadero nuevo día, ya que Barcelona, ya que Cataluña, estaban en manos de la revolución triunfante. El Comité de Milicias Antifascistas, constituído el día 20 y en el que se hallaban representados todos los sectores en lucha contra el fascismo, era, de hecho y de derecho, el verdadero Gobierno de Cataluña. La Generalidad desaparecía ante la fuerza y la majestad del nuevo organismo revolucionario surgido de la voluntad popular. Los Sindicatos de la Alimentación y de la distribución estaban encargados de regular el aprovisionamiento de Barcelona. De ellos salió el Comité de Abastos, que luego convirtióse en la Consejería de Abastos; tan disputada más tarde. En las barricadas, los Comités Revolucionarios eran los dueños absolutos de la situación, debiendo correr todo a su cargo. ¡Oh, mi Comité Revolucionario de la barriada de San Martín, donde yo pasé dos días y dos noches, dando vales de pan y comida y organizando patrullas!

En las comarcas de Cataluña ocurría lo mismo. La intentona fascista reducida inmediatamente; los Ayuntamientos, en poder de los trabajadores. Los Comités Locales de Milicias Antifascistas, creados; la Revolución era ya un hecho consumado, indetenible, grandioso y formidable. Y si en el resto de la Península las cosas hubieran seguido el mismo curso, si en el resto de España la victoria popular hubiera sido tan definitiva y tan rotunda, ¡qué aprisa se habría ido; se hubiera podido ir por el camino del socialismo!

LA BANDERA ROJINEGRA ONDEA AL VIENTO, TRIUNFADORA Y FANTASTICA.

Pero las noticias que llegaban no eran tan satisfactorias. Madrid se sostenía, gracias al empuje de los trabajadores y al bloque compacto de voluntarios antifascistas, inmediatamente establecido. Zaragoza estaba en poder de los rebeldes, por culpa de la traición del gobernador; Marruecos, y Mallorca, también. Sevilla se defendía, refugiados en Triana los obreros y vendiendo caras sus vidas.

Mas en Barcelona, en Cataluña, el 19 de julio se extinguía gloriosamente, en medio del resplandor de los incendios, en la embriaguez revolucionaria de una jornada de triunfo popular. Las bocinas de los autos que recorrían velozmente Barcelona, cargados de obreros con el fusil en las manos, tocaban la sinfonía maravillosa: F.A.I. - F.A.I. - C.N.T. - C.N.T., que cinco días después habían de rimar a coro, las milicias desharrapadas y heroicas, borrachas de ilusión y de entusiasmo, que salían hacia Zaragoza con Durruti.

¡Las letras CNT y FAI, escritas en todos los muros, sobre todos los edificios en todas las puertas y portezuelas de casa de coches, sobre todas las cosas! ¡La bandera rojinegra ondeando al viento, triunfadora y fantástica, imagen de maravilla, que contemplábamos con el alma encantada, los ojos iluminados, preguntándonos aún si estábamos dormidos o despiertos!

No, no dormíamos. Estábamos bien despiertos. A recordarnos la realidad victoriosa y dura, la gran realidad fecunda y trágica, venían las viudas y los huérfanos. ¡Cuánta sangre generosa derramada! ¡Cuántos hombres caídos en los combates, en el fragor de la lucha, confundidos en el mismo santo anonimato!

EL VALOR ESPARTANO DE NUESTRAS MUJERES

Recuerdo a las mujeres de la familia Ascaso, estoicas, espartanas, dignas de Cornelias, de grandeza y simplicidad inigualadas. Y a aquella compañerita de Obregón, el secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas, muerto en los combates en la plaza de Cataluña, que nos daba la comida en el refectorio improvisado en el antiguo Fomento del Trabajo Nacional, convertido en casa CNT-FAI, al ocuparlo los trabajadores, y que cada día, que cada hora, cada minuto, nos preguntaba por su compañero:

—¿Habéis visto a Obregón? Si lo veis en alguna barricada, en algún sitio, decidle que no dé noticias. Estoy inquieta.

Bajábamos la cabeza, disimulando, tranquilizándola piadosamente. El cuerpo del pobre Obregón estaba ya sepultado bajo la tierra, devuelto a la Gran Madre del Mundo. Ella no lo supo hasta muchos días después. Así murieron todos, desaparecidos, confundidos en la misma grandeza y el mismo silencio.

Y sólo hablaba, imponente, con la gran voz histórica de los hechos consumados la Revolución triunfante. El pueblo encargado con su destino, con él en las manos, jugando con la muerte y con la vida. Una nueva era empezaba la madrugada del día 20 sobre la humeante Barcelona y los cementerios llenos de abiertas tumbas; sobre la rebelde y rica Cataluña, de inmensas zonas fabriles en ramos de los productores y de fecundos campos redimidos, para siempre más, del feudal y del cura.

Comenzaba el gran drama, la gran obra y la terrible y eterna lucha... Pero esto ya pertenece a una historia que aun no se ha escrito, que aun estamos haciendo todos los catalanes y todos los españoles.

Los "Aguiluchos" de la F. A. I.

NUESTRAS "TRIBUS", señor Comorera, marcharon -- sin su permiso, claro está -- a brindar la vida por nuestra libertad, ¿y usted?...

ROMPA EL PROLETARIADO MUNDIAL

los moldes que lo condenan a la impotencia

Como anarquistas, nunca hemos dado valor a los números de afiliados a tal o cual entidad política o sindical, cuando tras los números no había algo más sólido, más valioso, más decisivo en los acontecimientos político-sociales del medio ambiente en que actuaban. Hemos despreciado los números inflados hasta dar millones de votos, centenares de miles de asociados, que han ofrecido como garantía de su potencialidad, los partidos y en particular las organizaciones obreras. Porque la historia, la trágica historia del proletariado ha puesto en todas partes del mundo a prueba el valor de los números. Porque los números fueron borrados con amagos de fuerza o al primer golpe, cuando detrás de ellos no había lo único que ha hecho marchar hacia adelante a la historia, lo único que ha logrado conquistas y derechos para las masas explotadas, lo único que posibilitó los movimientos revolucionarios de carácter social: calidad, conciencia, finalidad, responsabilidad revolucionarias.

Millones de obreros afiliados a los grandes partidos socialdemócratas y organizaciones sindicales reformistas, han mostrado en Europa y en América cómo caen todas las fortalezas ficticias del proletariado que pretendieron defender con el fuego de los números, con la política de los votos, con la argumentación de la «potencia» de entidades dirigidas por una burocracia engranada en mecanismos que admiraron a los turistas y enorgullecieron a los ingenuos partidarios. Millones de obreros han sido derrotados. La ley de los números sin base revolucionaria ha sido la misma en todas partes: preparó el desarme moral primero, llevó a la pasividad suicida después y terminó por entregar al enemigo atados de pies y manos a los proletarios en los momentos decisivos de la lucha, cuando la contrarrevolución se decidió a dar la batalla.

Podemos afirmar, sin que suene a exageración, que el mundo entero sufre las consecuencias de esa verdad que los anarquistas hemos denunciado como causa fundamental de las derrotas del proletariado. Antes de la gran guerra, durante ella y después de la matanza, la falta de conciencia y capacidad revolucionaria de las masas agrupadas en entidades políticas y sindicales, fué fatal para su propia causa. El capitalismo logró sus objetivos. Arrastró al crimen a los hermanos de una misma clase. Complicó a los explotados con los bárbaros actos de la burguesía internacional. Y el fascismo avanzó, casi sin resistencia en Italia, sin ninguna en Alemania, ahogando en sangre una resistencia tardía en Austria. ¿Dónde quedaban los números que sumaban millones? ¿Quedaban bajo los escombros de las «fortalezas» político-sindicales carentes de espíritu revolucionario! ¡Quedaban destrozadas bajo la furia de los asesinos de la contrarrevolución!

También ahora, a pesar de tan aleccionadoras enseñanzas, de tanta sangre obrera derramada, de tanto martirologio de los pueblos sometidos a la bestialidad del fascismo, de tantas derrotas, de tantas traiciones sufridas, la clase obrera va camino a la más espantosa de las derrotas, llevada todavía por los pastores que obedecen a las mismas líneas tácticas, a la ley fatal, a la trágica ley de los números que se desploman al primer amago o al primer golpe del enemigo. Por eso, el proletariado internacional, frente a nuestra Revolución, ante nuestra lucha, en la que se decide nuestro y su porvenir, permanece inactivo, restringe su solidaridad creyendo cumplir su deber con sus aportaciones en dinero y víveres, y espera. Por eso, en vez de tomar por su propia cuenta determinaciones rápidas y desatar la lucha, imponiendo actitudes a los Gobiernos que se complican con el crimen fascista, las masas obreras siguen tras los Gobiernos, esperan de sus misiones diplomáticas, de sus combinaciones y de sus maniobras. La «solución» a un problema que sólo el proletariado puede resolver como fuerza activa de la Revolución.

No nos entusiasman ahora, no pueden entusiasmar a nadie que tenga sentido de la realidad histórica, los grandes números que atribuyen a tal o cual organización de España o del extranjero una potencialidad determinada. Si no hay personalidad revolucionaria, si no hay capacidad de aplicar la fuerza que se posee. Si no hay inteligencia para ponerla en juego en el momento oportuno, si falta el espíritu dinámico que encara la lucha sin dilaciones suicidas, si no existe, en suma, la fuerza moral que da vida, finalidad, ritmo militante, a una organización, los números serán barridos por los leves vientecillos de las horas decisivas y quedará lo de siempre: la derrota, la sangrienta tragedia de millones y millones de números que fueron huérfanos de la potencialidad revolucionaria de los hombres, del fuego arrollador del ideal, de la gimnasia preparatoria de la lucha, del sacrificio y del método revolucionario por excelencia que ha sido y será hasta el triunfo definitivo del proletariado su propia acción directa, método que es el único elemento de combate de quienes han comprendido en todo su contenido el lema histórico de la clase obrera: «LA EMANCIPACION DE LOS TRABAJADORES SERA OBRA DE LOS TRABAJADORES MISMOS».